EN TORNO AL SÍNODO SOBRE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN *Información y reflexiones*

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v59i209.237>

RICARDO BLÁZQUEZ*

Por tercera vez he tomado parte en una Asamblea del Sínodo Episcopal. La primera fue en el Sínodo sobre «La Eucaristía en la vida y misión de la Iglesia»; la segunda, formulada intencionadamente de manera complementaria sobre «La Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia»; y la tercera ha tenido como tema «La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana». A mi modo de ver, conviene integrar las tres en un itinerario conjunto. La vida y la misión de la Iglesia son inseparables; confluyen en el encuentro con el Señor y el testimonio del Evangelio, que es Jesucristo en persona.

Pablo VI, por la Carta *Apostolica sollicitudo* (15.9.1965), cuando el Concilio Vaticano II iniciaba el último periodo, instituyó el Sínodo de los Obispos. Los decretos conciliares *Christus Dominus*, 5, y *Ad gentes*, 29, hicieron suya esta institución. El Sínodo de los Obispos es «un Consejo estable de Obispos para la Iglesia universal»; de algún modo representa al episcopado y muestra de manera particular el espíritu de comunión que une a los obispos entre sí y con el obispo de Roma, sucesor de Pedro. Es lugar privilegiado en que una asamblea de obispos, convocada y presidida por el Romano Pontífice, manifestando el afecto colegial y la preocupación de todos los obispos por el bien de la Iglesia entera, expresa bajo la acción del Espíritu Santo su consejo autorizado sobre las cuestiones eclesiales que han sido sometidas a estudio y discernimiento (*Ordo Synodi Episcoporum*, Proemio). La palabra griega *synodos* significa estar unidos y caminar juntos en la comunión de la fe, el amor y la solicitud apostólica por todas las Iglesias. El sínodo es un acontecimiento eclesial de gran trascendencia. Para los miembros participantes significa una experiencia de primera magnitud, sea cual fuere el tema tratado. Pablo VI, al erigirlo, tradujo institucionalmente la experiencia conciliar sumamente importante, que de alguna manera quería continuar, a través del encuentro de los obispos, en la oración común, su escucha mutua y la deliberación pastoral sobre los temas de la vida y misión de la Iglesia. La comunión eclesial se expresa de esta manera en cercanía y comunicación.

* Ricardo Blázquez es actualmente Arzobispo de la archidiócesis de Valladolid, España.

1. CONCILIO VATICANO II Y SÍNODO SOBRE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Con frecuencia en la Asamblea sinodal, y particularmente en el Círculo «Hispánico A», del que yo fui relator, se aludió a la conexión del presente Sínodo con el Vaticano II, continuando la inspiración evangelizadora que impregnó el Concilio. Juan XXIII en la Constitución *Humanae Salutis*, firmada el 25 de diciembre de 1961, fiesta de la Natividad del Señor, por la que convocaba el Concilio, cuya celebración había anunciado el 25 de enero de 1959, escribió lo siguiente: «La humanidad ha llegado a una encrucijada dramática de su historia en que aguardan a la Iglesia tareas de inmensa trascendencia. Lo que a la Iglesia se pide ahora es que infunda la savia vivificante y divina del Evangelio en las venas de la humanidad». Estas palabras no han perdido un ápice de actualidad. Sitúa el Papa la obra del Concilio en una perspectiva misionera, citando al comenzar la Constitución el final del capítulo 28 de San Mateo: «Id por todo el mundo, y haced discípulos a todos los pueblos. Yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos». Aludió a Pentecostés como referente iluminador del nuevo Pentecostés que suplicaba a Dios fuera el Concilio.

Juan Pablo II, con la capacidad que poseía para esbozar horizontes grandiosos, habló, en el entorno del Jubileo del Año 2000, de la puesta en marcha por el Vaticano II de una gigantesca evangelización en nuestro tiempo. En su libro *Cruzando el umbral de la esperanza* situó la llamada «nueva evangelización» como una oleada actual, que recuerda otras oleadas evangelizadoras que han tenido lugar a lo largo de la historia. Se trata en la nueva evangelización menos de novedades que de un nuevo y poderoso impulso evangelizador. En todos los rincones del mundo la Iglesia está emplazada a anunciar con hechos y palabras el Evangelio para la transmisión de la fe. Poco a poco en la Asamblea sinodal se fue viendo que la nueva evangelización no tenía como destinatarios únicamente a cristianos o postcristianos de los países de antigua cristiandad, sino que en todos los lugares era necesario emprender una nueva evangelización. En cada ámbito geográfico-temporal podrá tener algunos acentos peculiares, pero la conciencia de la necesidad general era compartida.

¿Por qué, desde hace algunos decenios, antes Juan Pablo II y ahora Benedicto XVI, han convocado a la Iglesia a nueva evangelización como tarea apremiante y necesaria que debe asumir? Por algún momento se pudo pensar que la celebración de efemérides históricas de la evangelización en diversas latitudes invitaban a una nueva evangelización que actualizara en nuestro tiempo aquella primera. Así, por ejemplo, cuando Juan Pablo II celebró los mil años de la evangelización en Polonia invitó a nueva evangelización. O cuando se iba a iniciar el novenario de años que desembocaría en el año 1992, quinto centenario del comienzo de la evangelización de América, el día 3 de marzo de 1983 en Puerto Príncipe (Haití), convocó a una nueva evangelización en aquellos pueblos. Pero pronto se percibió que no se trataba de una simple conmemoración de

una primera evangelización con otra renovada, sino que había factores eclesiales y socio-culturales en la historia de la humanidad que requerían un vigoroso esfuerzo evangelizador. ¡Nuevo tiempo, nuevo Pentecostés, nueva evangelización! Habían tenido lugar y continúan teniendo numerosos cambios, de gran calado y alcance universal que reclamaban una respuesta nueva e intensa de la Iglesia a fin de que el Evangelio continuara iluminando la vida de cada persona y la historia de la humanidad. ¿Vivimos un cambio de época? ¿Una época con muchos, rápidos y profundos cambios? ¿Cómo afecta el fenómeno de la globalización a la misión evangelizadora de la Iglesia? Para poder responder a estas preguntas necesitamos una perspectiva mucho más amplia. Desde hace tiempo venimos hablando en términos semejantes, pero aún no se ha despejado el horizonte. Ciertamente padecemos crisis, que son simultáneamente desafíos y oportunidades, que dificultan de modo especial la vida cristiana y la transmisión de la fe, que oscurecen la imagen de la Iglesia, que a veces parecen excluir a Dios de la vida personal y social.

La Asamblea sinodal no respiró en esta coyuntura ni pesimismo que contempla nuestro tiempo con mirada sombría, ni optimismo que puede ser debido a una manera temperamental de ser o a inconsciencia de los problemas y las incertidumbres de la encrucijada histórica. Al pesimismo no se respondía desde el optimismo ni viceversa, sino con la actitud compasiva del Señor sobre la humanidad y apoyados en el poder del Espíritu. El Sínodo fue realista, o sea, no minusvaloró los obstáculos; pero la fe en Dios presente en la historia infunde a la Iglesia serenidad y confianza. El realismo procede también de la experiencia que ha cribado multitud de proyectos evangelizadores, quedando muchos en la cuneta y otros a veces poco valorados en los comienzos persisten y dan frutos. En el Sínodo se presentaron numerosas y sugerentes iniciativas evangelizadoras. No podemos negar que en nuestras latitudes parecen agotarse algunas realidades eclesiales, pero es alentador percibir que otras surgen pletóricas de esperanza.

Somos conscientes de las dificultades; advertimos que muchos, unas veces de forma clamorosa y otras silenciosamente, marcan distancias en relación con la iglesia y también respecto al reconocimiento de Dios. En ocasiones la Iglesia aparece antipática y en ocasiones esta acusación esgrimida es un pretexto. Los mismos cristianos practicantes experimentan en ocasiones que la fe se les enfría, que padecen cansancio y desgana, que no se atreven a hablar de Dios. Lo que hasta hace no mucho tiempo era suficiente en la acción pastoral, ahora no basta. Padecemos desajustes, disminuciones, insatisfacciones, inquietudes; palpamos la debilidad y comprendemos vitalmente las imágenes evangélicas del «pequeño rebaño», del «fermento» y del «resto».

La Iglesia necesita de nuevo, en la situación presente que es resultado de tantas transformaciones sociales, culturales y de conciencia, escuchar el mandato misionero del Señor y confiarse al poder del Espíritu Santo, que es el protagonista primero y animador de todos los demás en la evangelización. Id al mundo entero,

a todas las regiones y pueblos, a todos los sectores de la humanidad, a todas las edades; unas veces las puertas están abiertas y otras cerradas o sólo entreabiertas; hay experiencia de desierto y añoranza de oasis y de patria. Dios ha enviado a su Hijo Jesucristo también para los hombres y mujeres de nuestra generación; no nos abandona ni se arrepiente de sus promesas. No hay otro Evangelio que las palabras, las acciones, los gestos, la pascua de Jesús con su muerte y resurrección como puerta abierta a la esperanza que nunca defrauda. Jesús es el Salvador, el Mesías, el Prometido por Dios y el Esperado por la humanidad.

En Francia apareció hace algunos decenios un libro profético, en el sentido de que captaba por anticipado como un sismógrafo los movimientos subterráneos de la cultura. El libro se titulaba *Francia, ¿país de misión?* (Lyon 1943), cuyos autores fueron H. Godin e Y. Daniel. En su escrito advertían también de algo que aseguraban se vería con claridad más tarde: «No nos engañemos, mañana ya no es sólo nuestra patria, será el mundo entero el que correrá el peligro de ser ‘país de misión’; lo que nosotros vivimos hoy, lo vivirán otros pueblos». Efectivamente, también de España se escribió hace años que era también país de misión (J. López).

A lo largo del Sínodo se recordaron los ámbitos de la misión de la Iglesia, que señaló la encíclica *Redemptoris missio* de Juan Pablo II, a saber, la misión *ad gentes*, la acción pastoral con los cristianos en las Iglesias consolidadas, y la nueva evangelización dirigida especialmente a los que habiendo conocido y abrazado la fe se han distanciado. Los tres ámbitos no son compartimentos estancos. Probablemente se puede distinguir tres clases de destinatarios en nuestra situación; por una parte necesitamos reavivar la fe cristiana en nuestras comunidades para recobrar la alegría del creer y el entusiasmo por comunicar el Evangelio; por otra, la transmisión de la fe a las generaciones que van llegando de niños, adolescentes y jóvenes; y por fin acercamiento con actitud humilde, amigable y misionera a los alejados, bien porque se han distanciado bien porque nunca han estado realmente cerca.

Teniendo en cuenta las reflexiones precedentes, que giran en torno al marco general de la Asamblea del Sínodo, voy a recoger algunos subrayados del mismo desde mi propia perspectiva. Se comprende que un acontecimiento de estas dimensiones se preste a que cada participante acentúe más unos aspectos u otros. La riqueza de la Asamblea y la situación de cada participante ofrecen un abanico amplio de acentos.

2. VARIOS SUBRAYADOS DEL SÍNODO SOBRE LA EVANGELIZACIÓN

1. La Asamblea sinodal ha tenido lugar al *comienzo del Año de la Fe* abierto oficialmente por el Papa con la presencia de los participantes en el Sínodo y de algunos obispos que fueron padres conciliares. La celebración del día 11 de octubre, al cumplirse los 50 años de la inauguración solemne del Concilio Vatica-

no II, estuvo cargada de resonancias de aquel acontecimiento, sin duda el mayor en la historia de la Iglesia en nuestro tiempo. Es digno de ser subrayado que la celebración conmemorativa sea entendida como una llamada a renovar la fe y la evangelización. Necesitamos vivamente que el don de nuestra fe sea vigorizado y fortalecido. Sin creyentes vitalmente convencidos y evangélicamente consecuentes la evangelización será floja y endeble. El ser discípulos del Señor y misioneros, creyentes y testigos, convivientes con Jesucristo y apóstoles del Evangelio no pueden separarse. Fue entronizado en el atril ante la asamblea del día 11 el mismo Evangelionario que en las congregaciones generales del Concilio presidía como Palabra de Dios a los padres conciliares. ¡Que no se cierna sobre esta asamblea sino la luz de Cristo!, había auspicado Pablo VI. Hubo signos que nos recordaron la dimensión ecuménica del Concilio y la entrega de los mensajes de la Iglesia a la humanidad entonces y también hoy (jóvenes, intelectuales, mujeres, obreros, enfermos). La entrega del Catecismo de la Iglesia Católica, que con razón puede ser considerado un fruto relevante del Concilio, a algunos en representación de todos fue un gesto significativo. El Papa por la noche, iluminada con antorchas la plaza de San Pedro, como hace cincuenta años, desde la misma ventana por donde se asomó Juan XXIII, recordó la alegría desbordante de entonces por el Concilio recién inaugurado, del que J. Ratzinger fue testigo; y también habló de la alegría de hoy «sobria y humilde» que nos proporciona la memoria del Concilio, un don de Dios a la Iglesia y recibido con gratitud también en nuestro tiempo como brújula en el camino.

2. La primera fase del Sínodo se dedica sobre todo a *escuchar en el aula sinodal las numerosas intervenciones de los participantes*. Los 263 padres sinodales, los auditores, «delegados fraternos» de otras confesiones cristianas; el arzobispo anglicano de Canterbury, Rowan Williams, tuvo una alocución en torno a la contemplación que suscitó gran interés. Cada orador elegía libremente sobre qué aspecto del *Instrumentum laboris* centrar su exposición. Unas veces versaban sobre el ambiente filosófico, cultural y social de la nueva evangelización, otras se detenían en cuestiones teológico-pastorales de la misma, a veces se ofrecía información sobre la propia Diócesis o las Iglesias de la región, y bastantes hubo sobre iniciativas y experiencias más o menos consolidadas de nueva evangelización.

Es una oportunidad providencial para recibir información y consideraciones cualificadas sobre la nueva evangelización en orden a la transmisión de la fe. Se despliega ante los oyentes *el mapa de la vida y misión de la Iglesia* sumamente interesante. A esta escucha larga y paciente, se une la ocasión del diálogo dentro de los «círculos menores» y la convivencia en las casas asignadas como lugar de residencia de los sinodales para conocer más de cerca personas y realidades eclesiales a lo largo y ancho de la geografía eclesial. Se junta armoniosamente la unidad y la universidad de la Iglesia, o de otra manera, la catolicidad

de la Iglesia que existe en diferentes pueblos, lenguas, culturas y situaciones históricas. Es un gozo inmenso compartir la gracia de la misma fe cristiana y el ejercicio del mismo ministerio apostólico. Es un don impagable escuchar el testimonio de otros obispos, presbíteros, religiosos y seglares que trabajan, gozan y sufren por el Evangelio. La Asamblea del Sínodo ofrece la oportunidad de vivir y sentir el latido de la comunión misionera. Se ora juntos, se escucha y habla, se busca unidos los caminos de Dios en nuestro tiempo, se ensancha el corazón a las dimensiones de la Iglesia católica.

El Papa estuvo presente en muchas congregaciones generales, según le permitía su agenda. Era recibido con afecto y gratitud, sentimientos rubricados con un aplauso cordial, no para la galería ya que allí no había galería sino contentos con su presidencia ejercida personalmente; en ningún momento entraron en tensión colegialidad de los obispos y primado del sucesor de Pedro. Su escucha atenta a las intervenciones y eventuales notas escritas acreditan el aprecio por el acontecimiento de la Asamblea sinodal.

La gratitud por su ministerio y vida, el reconocimiento de su servicio a la unidad en la fe, el amor y la misión, el respeto y la disponibilidad a la colaboración obediente de los obispos bajo su autoridad, la conciencia del peso pastoral que el Señor le ha confiado, impregnaban el ambiente de honda fraternidad en el Señor. Los ministerios eclesiales se articulan de manera concorde sabiendo que todos estamos al servicio de la misión y que cada hermano con su responsabilidad específica es para el otro un don de Dios. Estos valores de fondo afloraban con normalidad.

3. *La nueva evangelización* se ha venido identificando casi espontáneamente con *la transmisión de la fe cristiana en las regiones de la Iglesia que hace siglos fueron cristianizadas* pero por efecto de la actual secularización que sube en nuestras sociedades como una marea necesitan recibir de nuevo el Evangelio. A lo largo del Sínodo, sin embargo, se fue imponiendo la persuasión de que la nueva evangelización es una necesidad sentida en todas las regiones de la Iglesia, aunque presente según los lugares algunas exigencias propias y manifestaciones diversas. Como dijimos arriba, recordando palabras de Juan Pablo II, se trata de una nueva oleada evangelizadora en el mundo. Por tanto, siendo Jesús el mismo Evangelio en persona, no teniendo la Iglesia otro Evangelio que transmitir, necesitamos un nuevo Pentecostés, nueva evangelización, evangelizar de nuevo, nuevos evangelizadores, nuevo impulso evangelizador, nuevas iniciativas pastorales y evangelizadoras. Más que estrenar habilidades y tácticas nuevas, necesitamos recobrar el gozo de la novedad por antonomasia que es Jesús. El «vino nuevo» que trae Jesús debe alegrar de nuevo a los comensales de nuestro mundo que ha cambiado tanto. El Hijo de Dios es la Novedad que al venir al mundo como el Salvador trae consigo tantas realidades nuevas (san Ireneo).

El Papa en la exhortación espiritual que pronunció en la primera congregación general durante la hora intermedia de *Tercia* explicó el sentido etimológico e histórico de la palabra Evangelio. Evangelizar, evangelización, significa anunciar nuevas y buenas noticias, que no se gastan ni aburren ni fatigan. De Dios tenemos noticias y éstas son buenas. Él nos ama, siendo nosotros indignos de ser amados ya que somos pecadores; porque Dios es bueno, sabio y poderoso de una forma para nosotros inimaginable, hay lugar para la esperanza. Por Jesucristo su rostro humano y personal hemos conocido que el Padre es misericordia sin límites; nos amó hasta el extremo, hasta el borde.

El Papa hizo referencia a dos lugares bíblicos, que son proclamados en las celebraciones litúrgicas de Navidad, en que nos recuerda San León que no hay lugar para la tristeza cuando ha nacido la Vida. Las palabras del llamado segundo Isaías están en el trasfondo del Evangelio. El profeta bendice los pies del mensajero que anuncia el retorno de los cautivos y la paz, que trae la buena nueva, que pregona a Sión: «Tu Dios es Rey» (cf. Mc 1, 14-15; Rom 10, 15). Los vigías cantan a coro porque el Señor vuelve a Sión; e incluso se invita a las ruinas de Jerusalén a cantar ya que el Señor consuela a su pueblo (cf. Is 52, 7-10). El otro texto bíblico que recordó el Papa se refiere al mensaje del nacimiento del Señor anunciado por el ángel a los pastores: «No temáis, os anuncio un acontecimiento que será buena noticia para todo el pueblo: Os ha nacido el Mesías, el Salvador» (cf. Lc 2, 10-11). No el emperador Augusto, sino el Niño de Belén trae la paz auténtica al mundo. (cf. J. Ratzinger, *La infancia de Jesús*, Barcelona 2012, 65). ¿De qué manera debemos hablar de Dios para que su nombre no sea temido sino saludado con esperanza y gozo? Si Dios es Amor, deber ser anunciado con amabilidad; si es fuente de alegría, debe ser proclamado gozosamente.

En este sentido una de las proposiciones finales del Sínodo une la nueva evangelización y el kerigma en estos términos: «El fundamento de toda proclamación inicial es el aspecto kerigmático o la Buena Noticia de Jesucristo resucitado, que destaca el momento de la salvación. Debe resonar con ‘ardor renovado’». «La ‘primera proclamación’ acontece donde el kerigma, el mensaje de la salvación por el misterio pascual de Jesucristo, es proclamado con tal poder espiritual que suscite el arrepentimiento, la conversión y la decisión de la fe» (Proposición 9; cf. la Proposición 38, sobre «iniciación cristiana y nueva evangelización»). En la evangelización la iniciativa procede de Dios; nosotros no podemos provocar la fe, ya que no somos la fuente del Evangelio, sino únicamente sus mensajeros, testigos y ministros; no disponemos de un resorte para tocar el corazón de los creyentes y cambiarlo. Deben preceder y acompañar al trabajo del evangelizador la súplica confiada a Dios para que envíe su Espíritu Santo insustituible en la transmisión de la fe, el respeto a la libertad de las personas, el testimonio de la vida evangélica con el amor como respaldo de las palabras del anuncio. En la misión de Jesús se hallan tres realidades íntimamente unidas, a

saber, la proclamación de la proximidad del Reino de Dios, la curación de los enfermos y la comunicación orante con el Padre que inicia, concluye y acompaña cada jornada apostólica.

El Papa en la exhortación espiritual y pastoral a que nos referimos insistió en la necesidad de la gracia del Espíritu para la confesión valiente de la fe con todo el ser y para vivir arraigados en el amor de Dios que inflame con ardor apostólico y celo evangelizador nuestros corazones. Después de muchas experiencias y fracasos, de numerosos proyectos fallidos, en que los recursos pedagógicos y psicológicos, las estrategias y habilidades, los planes de evangelización perfectamente programados han sido poco eficaces y duraderos, necesitamos reconocer el primado de la gracia. Somos siervos inútiles, si Dios no actúa. Por esto, los santos son los primeros evangelizadores. Me permito transcribir un párrafo de la lectura de la Liturgia de las Horas en la memoria litúrgica de san Antonio María Claret (24 de octubre), que fue un gran misionero y suscitó una multitud de apóstoles y una oleada de evangelización. «El amor de Cristo nos estimula y apremia a correr y volar con las alas del santo celo. El verdadero amante ama a Dios y a su prójimo; el verdadero celador es el mismo amante, pero en grado superior, según los grados del amor; de modo que, cuanto más amor tiene, por tan mayor celo es compelido. Y, si uno no tiene celo, es señal cierta de que tiene apagado en su corazón el fuego del amor, la caridad. Aquel que tiene celo desea y procura, por todos los medios posibles, que Dios sea siempre conocido, amado y servido en esta vida y en la otra, puesto que este sagrado amor no tiene ningún límite». El celo apostólico, el nuevo ardor necesario para la nueva evangelización se enciende en el amor de Dios y del prójimo, ya que la llama enciende la llama. «La Luz enciende la luz» (R. Guardini). Sin amor no hay capacidad de sacrificio, ni dedicación seria y perseverante. San Antonio María Claret, como san Juan de Ávila, declarado por el Papa doctor de la Iglesia en la celebración de apertura del Sínodo de los Obispos, hombre evangélico y evangelizador, inflamaban su corazón en la comunicación con el Amor que es Dios. La oración mantenía encendidas sus lámparas y les suministraba combustible sin cesar.

4. La evangelización acontece *a través del kerigma, de la predicación, de la catequesis, de la educación cristiana* es decir, por *la Palabra de Dios proclamada y enseñada*. La Asamblea del Sínodo se refirió con mucha frecuencia a la *catequesis*, los catequistas, la catequesis de inspiración catecumenal, el catecumenado, el Catecismo. Se coincidió en la necesidad de una catequesis vivencial y personal, por un lado, y por otro con contenidos doctrinales básicos y claros de la tradición de la Iglesia. La entrega del *Catecismo de la Iglesia Católica* en la celebración conmemorativa de la inauguración del Vaticano II subraya la importancia del catecismo tanto para la recepción del Concilio como para la transmisión de la fe. La importancia de la catequesis para la nueva evangelización apareció también en la comunicación que personalmente hizo el Papa a la Asamblea sinodal

de la remodelación de algunos dicasterios de la Santa Sede. Afecta particularmente a nuestro caso el que la catequesis haya pasado de la Congregación del Clero, donde tradicionalmente tenía su sede, al Pontificio Consejo para promover la Nueva Evangelización, de reciente creación (cf. Proposición 40). Se invitó también a las Conferencias Episcopales a que consideraran la conveniencia de crear un organismo correspondiente en su propio ámbito.

5. *Familia cristiana y transmisión de la fe deben caminar unidas.* La relación de estas dos realidades fue constante. La experiencia tanto en sentido positivo como negativo avala el interés del Sínodo por la familia cristiana. Algunos padres sinodales recordaron la función desarrollada por la familia en las sociedades sometidas a persecución religiosa y a la presión para excluir la fe en Dios de la vida y cultura. La familia fue un ámbito primordial para la vivencia y la transición de la fe. Por otra parte, la historia del pueblo judío, tantas veces en diáspora, es maestra en la trascendencia de la familia para la identidad religiosa de los niños y jóvenes. Valgan las siguientes palabras, que compartimos en su genuina autoridad judíos y cristianos: «Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado» (Dt 6, 4-7).

Es fundamental en la transmisión de la fe la familia cristiana; sin la colaboración de la familia la fe arraiga difícilmente en la vida de los hijos. Pero sufrimos una situación preocupante, ya que la significación decisiva de la familia no se corresponde con la frágil salud de que actualmente goza, ni con los apoyos sociales, culturales y legales que requiere. Hasta la misma identidad de la familia está en peligro, ya que la alteridad sexual y la complementariedad del varón y de la mujer es a veces discutida y negada. Cuidar y defender la familia es primordial tanto para la sociedad como para la Iglesia.

6. Durante el Sínodo se ha insistido en la *espiritualidad de los nuevos evangelizadores*. ¿Cómo debe ser el evangelizador? La evangelización tiende al encuentro personal de los oyentes con Jesucristo; y el apóstol actúa por el impulso del encuentro con Jesucristo. Por nuestras propias fuerzas somos radicalmente incapaces de alcanzar la meta a que tienden los esfuerzos evangelizadores. El Espíritu Santo es el principal actor en la obra evangelizadora. Él pone las palabras adecuadas en los labios del apóstol y abre el corazón de los que escuchan. El Espíritu Santo interpreta los signos que orientan a la fe en Dios. No convierte el discurso sólido, vigoroso y bien compuesto, sino el Espíritu Santo que «da alma y espíritu a las palabras» (Beato Bernardo de Hoyos). San Pablo, que en la segunda carta a los Corintios cuenta su vida como apóstol y diseña la fisio-nomía del genuino apóstol de Jesucristo, escribió desde su propia experiencia:

«Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad» (2 Cor 12, 9). Llevamos el tesoro del Evangelio «en vasijas de barro para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros» (2 Cor 4, 7). Como la evangelización tiende a transmitir la fe y a acrecentarla, y como ésta es don de Dios y respuesta libre del hombre, en ninguna parte tenemos poder: Ni somos dueños del Evangelio ni somos señores de la fe ni tenemos poder para convertir el corazón del hombre. La insistencia del Sínodo en la espiritualidad del evangelizador se basa también en la experiencia reiterada del trabajo estéril: «Hemos estado bregando toda la noche y no hemos cogido nada» (Lc 5, 5) y en las particulares dificultades para evangelizar en nuestro mundo.

7. Por influjo de los obispos de América Latina se introdujo la expresión «conversión pastoral» (cf. Proposición 22), que ya había sido utilizada en el Documento de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en Aparecida (Brasil). ¿No es Dios el término de la conversión? ¿Qué significa, entonces, «conversión pastoral»? La nueva evangelización llama a la conversión tanto de las personas como de las comunidades. Precisamente la acogida de Dios por la fe y la conversión a sus caminos debe traducirse en la disponibilidad para ser nuevamente enviados por Dios a nuestro mundo con el encargo de anunciar el Evangelio. Aquí se inscribe la «conversión pastoral», por la que estamos dispuestos a adoptar el estilo misionero requerido actualmente. La conversión a Dios debe impulsar a ser apóstoles en nuestro tiempo. Debemos salir al encuentro de las personas y no simplemente aguardar, o, con palabras del Evangelio, «salir a los cruces de los caminos» (cf. Mt 22, 9). No basta una pastoral de mantenimiento, ya que poco a poco habría menos personas que conservar. Las iniciativas pastorales pertinentes deben también imprimir un sello en las maneras tradicionales de evangelización y en las instituciones apostólicas de la Iglesia. El envío del Señor nos pone en movimiento para acercarnos a los distantes, para visitar a las personas en su hábitat, para hacernos encontradizos de los que ya no frecuentan la comunidad cristiana o nunca la frecuentaron. La conversión pastoral abre a nuevas iniciativas evangelizadoras, superando la inercia habitual que puede haber degenerado en rutina y perdido vitalidad apostólica.

8. El Evangelio, en consonancia con la vida y actividad pública de Jesús, mueve a *hacernos próximos de los necesitados*; por esta sintonía surgen tantas iniciativas de cuño cristiano. Varias proposiciones, que son como el sedimento principal de los trabajos del Sínodo y en que convergen los pareceres de los padres sinodales, se refieren a la relación entre la evangelización y los pobres, enfermos, emigrantes. No se hace retórica ni hay asomo alguno de politización. El Evangelio nos enseña a descubrir también los nuevos rostros de la indigencia (Proposición 31). Cristo ilumina a la Iglesia a través de los enfermos en los cuales

reverbera su luz (Proposición 32). El amor en línea con el mandamiento nuevo de Jesús es evangelizador, ya que abre los ojos del alma para ascender del rostro visible y a veces desfigurado de los necesitados hasta el Dios invisible. El amor a las personas purifica la pupila para ver a Dios, podemos decir con palabras de San Agustín. En la nueva evangelización el amor traducido en obras es signo fehaciente de la condición de discípulos de Jesús, que pasó haciendo el bien, y de la fe en Dios Padre. Cuando la fe en Dios, la humildad y el amor al prójimo son genuinos, poseen una concreción histórica visible. Se puede constatar diariamente, a pesar de las distracciones y distorsiones intencionadas, que el trabajo actual de Cáritas es reconocido y respetado, y puede convertirse en una puerta abierta hacia el itinerario de la fe. Fe y amor deben caminar juntos en la evangelización de ahora y de siempre. En el ambiente secularizado que respiramos la vía evangelizadora del amor es primordial por su testimonio fehaciente. En el diálogo entre un maestro de la ley y Jesús aquél preguntó: «¿Quién es mi prójimo?» (Lc 10, 29). ¿No preguntaríamos hoy nosotros más bien: «¿Quién es mi Dios?», inmersos como estamos en un eclipse que oscurece a Dios en las conciencias? No separemos en la nueva evangelización el reconocimiento de Dios y el respeto de la dignidad del hombre. Como el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, en el rostro de las personas brilla la luz divina.

9. La *parroquia* ocupa un lugar necesario y al mismo tiempo insuficiente en la vida y también en la evangelización. Es en la pila bautismal como el seno materno donde los nuevos hijos son engendrados; es la parroquia privilegiado ámbito eclesial de la iniciación cristiana, elemento principal e indispensable de la nueva evangelización. Porque la parroquia es insuficiente, debe estar abierta a los carismas, que la pueden enriquecer en su vida y en su misión. Sobre la organización de la parroquia se manifestaron en el Sínodo dos perspectivas: Hay parroquias tan grandes que pueden ser articuladas como «comunidad de comunidades», y hay parroquias tan pequeñas que deberían junto con otras constituir unidades pastorales. Pequeñas comunidades, movimientos apostólicos, asociaciones cristianas, participación de miembros de la vida consagrada pueden formar parte del tejido de las parroquias, que existen dentro de la Iglesia particular o Diócesis.

Como en el recorrido del Sínodo se van decantando los aspectos más compartidos por sus miembros, se comprende que diversas reflexiones, indicaciones y sugerencias interesantes hayan quedado por el camino. Las proposiciones no son exhaustivas; contienen otros muchos aspectos importantes que yo no he mencionado; por ejemplo, la participación de todos los cristianos con su vocación y misión específicas en la evangelización. La «vía de la belleza» como camino hacia Dios es sugerente (Proposición 20). Recordemos cómo en la conversión de Paul Claudel y de Manuel García Morente la belleza, y en concreto la música, los guio a la aceptación del Misterio. Arte y fe han sido compa-

ñeros de camino en la historia (cf. Las Edades del Hombre); y en el presente debe continuar su amistad a través de los artistas cristianos. La piedad popular, en que confluyen la fe cristiana, la expresión artística y la radicación en las entrañas de un pueblo es también evangelizadora. Los medios de comunicación social deben ser no sólo instrumentos, sino también formas culturales por donde circule el Evangelio. El llamado «atrio de los gentiles» es un ámbito de diálogo entre creyentes y personas que están abiertos a la fe y al encuentro con Dios. Todos estos aspectos aparecerán probablemente en la Exhortación apostólica postsinodal que confiamos nos entregue pronto el Papa. La reciente Asamblea ha sido tan rica e interesante, que contribuirá sin duda eficazmente a impulsar la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana.